



**LOPEZ RODO**

Ciclista y célibe, diplomático y apostólico, economista, casto y bien planchado, es un nuevo español viejo que ha salido del silencio de las embajadas para pedir a Dios por una democracia de verdad y pedirle a Monseñor—en su cielo de Bancos y oraciones—una España mejor, más europea. Don Laureano López Rodó, el hombre del desarrollo, tiene la calva digna, peinada para un lado, tiene los ojos grandes, abultados por las gafas, tiene un labio grueso, ni de lascivia ni de baba, y tiene la camisa blanca, blanquísima, pulimentada con todos los detergentes ideológicos de la Obra.

López Rodó, viajero en bicicleta por los cielos pomporé de una Viena extinta, baila el vals de la soledad, el vals de las olas y las velas nostálgicas, a solas con sus recuerdos, esperando volver a recristianizar España y la peseta. La peseta, mala hembra, dejada de la mano de los economistas católicos, apostólicos y de Barbastro, anda tirada como marquesa por rastrojo, fané y descangallá, y López Rodó se la encontró una madrugada, al salir del cabaret, con una percha en el escote, bajo la nuez, cuando él venía de la Adoración Nocturna. Se cruzaron y no se dijeron nada. Son un amor que ha muerto. Están clavadas dos cruces.

Robert Musil se suicida todas las madrugadas en un hotel modern style de Viena, mientras López Rodó, un hombre ya sin atributos, le pregunta al Gobierno español que qué de qué, que adónde vamos, macho, y que así no se puede seguir. Pero el amor—o sea, la erótica del Poder—pasó ya una vez por su puerta, don Laureano. Dos veces no pasa. Lo decía Machado. ■ UMBRAL.

